

**TOÑO**

**Por: Tiracaliu**

Se llamaba Antonio aunque todo el mundo le llamaba Toño, con el sobrenombre de “el crabero”. Así se les llama a los pastores de cabras en la Ribagorza. De su apellido nada se sabía. Probablemente se apellidara Expósito, de Dios, de la Iglesia o similar; nombres habituales entre los niños abandonados, también llamados “hijos de la inclusa”.

Su domicilio oficial era el Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Barbastro, pero este hogar lo pisaba poco. Su vida era y estaba en las montañas del pirineo aragonés, ejerciendo su actividad de pastor, cuando la había.

Siempre iba con traje, o lo que un día fue un traje. Camisa abotonada al cuello y, sobre ésta, todas las corbatas que pudiera conseguir. De su pechera colgaban varias medallas que él atribuía a méritos de guerra. Este era su señorío.

Bajo de estatura, con boina calada que ya formaba parte de su anatomía y una sonrisa permanente y pícara, que enseñaba su boca desdentada como consecuencia, según se comentaba, de las prácticas de aprendizaje de un barbero-practicante a cambio de unas monedas. Y, por supuesto, siempre acompañado de su cayado, su viejo paraguas, y sus fieles y bien enseñados perros de pastoreo.

Su vida había transcurrido de tropiezo en tropiezo. Varias veces sus huesos descansaron en los calabozos de los cuartelillos de la Guardia Civil. No era nada pendenciero pero, a veces, el exceso de vino le jugó alguna mala pasada que le ocasionó algún que otro hueso roto y varios días a la sombra.

Para él la guerra civil, más que una contienda entre hermanos, supuso una liberación: no tenía que pensar qué hacer -solo obedecer-, ni dónde dormir, ni qué comer. Pasó ésta, de acemilero con el ejército republicano, en el frente de Teruel, sin ser herido y dándole pábulo, esta experiencia, para posteriormente contar innumerables historias, posiblemente inventadas.

Aficionado a los toros (hasta sus andares semejaban al paseíllo de los toreros), siempre contaba que había formado parte de un espectáculo cómico-aurino y que llegó a torear novillos por las distintas plazas de la geografía española. Alardeaba de su amistad con varios toreros, entre los que se encontraba -según él- el maestro Manolete, del que decía le había regalado una de sus permanentes corbatas.

Yo tendría tres o cuatro años de edad cuando se remontan mis primeros recuerdos de Toño.

Era un personaje querido y a la vez temido por esa chiquillería que él llamaba *mainada*.

En cuanto sabíamos de su llegada al pueblo, íbamos corriendo a refugiarnos en las faldas maternas, sin dejar de mirarle de reojo mientras escuchábamos esos cuentos llenos de fantasías, casi siempre relacionados con la guerra civil española o con los toros, buscando al final ser convidado a algo.

Recuerdo aquel verano del 56, en el mes de septiembre, cuando apareció por el pueblo, precedido por una nube de polvo producida por un rebaño de varios centenares de ovejas y cabras. Venía del valle vecino a través de las montañas, buscando mejores pastos para el ganado, y presumiendo de su pastoreo.

*¿Agón vas, Toño?* \* Le preguntaba todo aquél con el que se cruzaba.

*Per astí enta alto, ta la serra, a vere si trobo milló yerba ta las güellas\*\*.*

Al atardecer, dejaba a sus perros al cuidado del rebaño y bajaba al pueblo, a ver si alguien le invitaba a un vaso de vino y algo que llevarse a la boca. A cambio, soportaba las bromas que le gastaban y las risas que sus historias producían a la gente del lugar.

Eran las fiestas del pueblo y, por ello, días especiales para todos y, en especial, para él que le permitían poder alternar con más gente y así beneficiarse de posibles invitaciones con algún que otro bocadillo, además de la consabida torta con chocolate, que el Ayuntamiento repartía entre los asistentes, después de la misa en la Ermita.

Animaba la fiesta una banda pasacalle y la orquesta habitual.

La banda acompañaba todos los actos que se celebraban, como la procesión hasta la Ermita o el recorrido por las casas del pueblo, recogiendo las distintas aportaciones para la fiesta. La orquesta se reservaba para el baile de última hora de la tarde y la noche.

Él siempre encabezaba el pasacalle, con una rama de boj en cada mano que levantaba en alto, al mismo tiempo que bailaba a la pata coja la tonada que en ese momento tocaran. Era su momento para dejar a un lado la melancolía de su soledad y dar paso a la alegría, aunque ésta fuera efímera y voluntariamente forzada.

Llegó la noche y con ésta el turno de la orquesta. Era el momento esperado por Toño. Habría baile y, si le aceptaban como pareja, tendría la oportunidad de poder sentir el calor y el olor de una mujer.

La orquesta empezó con una selección de música melódica, para ir caldeando el ambiente. Toño se atusó su cabello ralo y se dirigió hacia la pista de baile a ver a quién podía solicitar de pareja.

Sus ojos se fijaron en Teresa, hermana de Mosén Ramón -el cura del pueblo-, que había optado por la soltería para cuidar de su hermano, con el que vivía en un edificio anejo a la iglesia, conocido como “la Abadía”.

Cuando la orquesta atacó un pasodoble, Toño le solicitó el baile a Teresa. Ésta pidió permiso a su hermano con una mirada, que fue contestada con un asentimiento mediante una leve inclinación de cabeza.

La pista se llenó de parejas y el ambiente se fue animando al igual que Toño, que cada vez atraía más hacia sí a Teresa, para poder sentir ese calor tan anhelado.

En un momento determinado, Mosén Ramón consideró que la distancia que mediaba entre ambos jóvenes era menor de la que él consideraba como decorosa y, con el fin de

evitar ir a mayores, fue hacia Teresa y se la llevó con la excusa de ofrecerle un refresco. La cara de Toño se transformó en un gesto de rabia y decepción.

A partir de ese momento, todas las jóvenes le ningunearon cada vez que les solicitaba un baile, y se dedicó a bailar él solo, dando vueltas a la pista, con los brazos en cruz como si quisiera volar, huir.

Como colofón de fiesta llegaron los sones del baile popular El Ball, de ritmo similar al Himno de Riego -el himno de la República-. Toño, que ya había consumido una buena cantidad de zumo de uvas fermentado, comenzó a cantar a voz en grito el himno republicano. Poco tiempo le duró su alegría, ya que la pareja de la Guardia Civil, que vigilaba la fiesta, le cogió de las orejas para llevárselo a dormirla al cuartelillo. Hubo de intervenir el alcalde para convencer a la pareja de la Benemérita de que fueran compasivos con el infeliz de Toño y lo dejaran libre, sin mayores consecuencias, cuando se le pasara la borrachera.

Al día siguiente, volvimos a verlo por el baile, con aires circunspectos y con signos evidentes en su cara de haber recibido algo más que caricias. La fiesta había terminado para él.

A los pocos días, una nube de polvo volvió a oscurecer el horizonte, mientras se iban perdiendo en la lejanía el balido de las ovejas y el sonido acompasado de los cencerros. ¿Hacia dónde se dirigía? Sólo él lo sabía.

Un aciago atardecer de otoño, mientras caminaba por una carretera hacia no se sabe dónde, un camión acabó con sus ilusiones. En el asfalto quedaron rotas, su sonrisa, sus fantasías y esa necesidad de tener amigos que compartieran con él historias junto a un vaso de vino.

La montaña lloró su ausencia, y hubo de pasar mucho tiempo para que nuestros oídos dejaran de creer percibir en la lejanía, cada anochecer y con la conocida cadencia, el balido de su rebaño y el lastimero aullido de sus inseparables compañeros.

En patués, la lengua de esa zona de la Ribagorza:

\*¿Dónde vas, Toño?

\*\* Para allí arriba, a la sierra, a ver si encuentro mejores pastos para las ovejas